KARL OLIVECRONA

¿INGLATERRA O ALEMANIA?

LÜBECK 1941

La época en que vivimos se caracteriza por transformaciones mayores quizá que en ninguna otra época. Estas transformaciones afectan tanto a las relaciones de los pueblos entre sí como a la misma estructura de la sociedad. La guerra que estalló hace ya más de un año, conmovió en sus cimientos el sistema político europeo. Una serie de potencias y entre ellas una gran potencia, dejaron de existir como Estados independientes. Es imposible predecir, hasta dónde llegará esta avalancha. Sus repercusiones no se limitarán seguramente a nuestro Continente. Con toda probabilidad, directa o indirectamente, alcanzarán a todos los países y a todos los pueblos de la tierra. Pero en primer término se ventila en la lucha la futura organización de Europa.

Los principales adversarios en esta contienda son Inglaterra y Alemania. Inglaterra es el principal, y puede decirse que en Europa el único defensor del antiguo orden. Alemania por su parte se presenta abierta y resueltamente como adalid de una radical transformación de toda la estructura política de nuestro continente.

Por muchas razones es comprensible que en nuestro país la mayoría estuviese dispuesta a poner sus esperanzas en un triunfo de Inglaterra. El antiguo orden nos ha aportado grandes ventajas. Hemos podido gozar durante más de cien años de una paz ininterrumpida y de un desarrollo interior relativamente tranquilo con grandes progresos en diferentes campos. Cuando se acusó especialmente este progreso fué en los últimos 20 años, es decir después de la guerra mundial y del triunfo de Inglaterra. Nuestro país experimentó en ese tiempo un esplendor económico mayor que nunca. Al mismo tiempo se fueron borrando los contrastes entre las clases y los partidos y se llevó a cabo una amplia obra de reforma social. En el mundo se nos prestaba una atención como no se nos había prestado ya desde hacía unos siglos. En la Sociedad de Naciones desempeñaron muchas veces nuestros delegados un brillante papel

y nuestras condiciones políticas y sociales se consideraban ejemplares en muchos sitios. En *una palabra*: Suecia pasaba por una nueva época de grandeza, aunque de otro género que la que antes tuvo. Y como Inglaterra era la principal garante del orden que permitió ese apogeo, era perfectamente natural que se siguiese una fuerte aproximación de nuestro país a Inglaterra, tanto económica, cultural y política, como puramente sentimental.

Cuando Alemania, después de sacudir las cadenas del tratado de Versalles, se presentó como una verdadera amenaza del orden existente, se menospreció al principio su fuerza. Muchos creyeron que el nuevo sistema no tardaría en ser derribado por una revolución; que no podría resistir, a lo menos, una guerra, y que, en todo caso, las potencias occidentales vencerían, si se llegase a un conflicto armado. La incorporación de Austria y la sumisión de Checoeslovaquia hicieron vacilar este criterio. El optimismo se convirtió en terror cuando los acontecimientos posteriores revelaron la incapacidad de Inglaterra para contener el avance alemán. Muchos creyeron entonces que iban a desaparecer los fundamentos de nuestra nación. Se temía perder nuestra independencia, nuestra libertad civil, nuestro bienestar y nuestra cultura, en caso que Inglaterra fuese definitivamente vencida.

Por mi parte considero esos temores injustificados y perjudiciales. Me parece una insensatez suponer que todo cuanto hace la vida digna de vivirse en nuestro espléndido país, desaparecería simplemente por que la hegemonía pasase de Inglaterra a Alemania. Aquí se trata de mirar más allá de los horrores de la guerra. Hay que dirigir la mirada al futuro. El pueblo alemán, de grandes condiciones y energías, con una antigua cultura, no está ciertamente menos llamado que el inglés a asumir la dirección de Europa. Es más, reúne condiciones mucho mejores para esta misión porque tiene posibilidades muy distintas de las de Inglaterra para dar a los pueblos europeos tranquilidad y orden, paz en el trabajo y una economía estable. A continuación expondré más detalladamente esta opinión, parangonando Inglaterra y Alemania en sus papeles de potencias rectoras de Europa.

INGLATERRA

En el año 1919 se encontraba Inglaterra, con Francia y los Estados Unidos, como vencedora de la guerra más imponente que hasta entonces registró la historia. Los Estados Unidos se retiraron pronto de los asuntos europeos. Por consiguiente la responsabilidad de la reorganización de nuestro continente después de la larga guerra corresponde a Inglaterra y a Francia. En ellas radicaba la fuerza, y la suerte del Continente dependía de la forma en que se usase de ella. Vale la pena, reflexionar sobre el resultado.

No hay necesidad de entregarse para ello a largas investigaciones. El resultado fué una nueva guerra apenas transcurridos 20 años. Este es el hecho que se impone cuando se trata de juzgar la política de Inglaterra. Es inútil querer negarlo diciendo que los ingleses no quisieron otra guerra, que ésta les ha sido impuesta por la mala voluntad de los demás, etc. El fallo de la historia es inexorable. Los ingleses y los franceses tuvieron la fuerza hace 20 años. El resultado ha sido una nueva guerra. Esto de por sí es una prueba que basta para demostrar que no estaban en condiciones de dirigir los destinos de nuestro continente de una manera tolerable para los pueblos europeos. Si un maestro no puede imponer su autoridad con sus alumnos no se escuda diciendo que hay entre ellos chicos díscolos. Precisamente porque hay chicos díscolos, debe tener condiciones para mantener la disciplina y el orden. Si fracasa en esta función, habrá que colocarle en otro puesto. En todo caso merecerá que se le censure si pretende ser un gran especialista en cuestiones de disciplina y pretende incluso que los métodos por él empleados (métodos que fracasan cuando hay entre los discípulos chicos díscolos) son los únicos exactos. Inglaterra no ha sabido, sin ningún género de duda, valerse de su fuerza para que los pueblos del continente europeo tuviesen un mínimo de seguridad y de protección. Por eso tenemos toda la razón para someter a un severo examen los postulados y las consecuencias de la hegemonía inglesa.

I.

¿Qué se hizo al terminar la primera guerra mundial para dar a la Europa desgarrada un orden seguro y pacífico? La tarea era difícil. Había que entendérselas con una porción de diferentes nacionalidades, tan penetradas muchas veces de odios recíprocos y tan involucradas geográficamente, que constituía un árduo problema el hallar una justa demarcación. Su situación económica era sencillamente escabrosa porque ni tenían las necesarias materias primas, ni dominaban los mercados que precisaban. Dependían por lo tanto en gran parte unas de otras, pero al mismo tiempo se hacían la guerra recíprocamente con barreras arancelarias y restricciones comerciales.

Ahora bien, ¿se tomaron en esta crítica situación enérgicas medidas para refrenar los espíritus rencillosos, para amortiguar las pasiones nacionales y para orientar el desarrollo de forma que respondiese al interés general europeo? Nada de eso. Al contrario: se pusieron armas en manos de nuevas naciones, sin preocuparse de control alguno, ni sobre ellas ni sobre los Estados más antiguos. Así pues, el fraccionamiento de Europa se acentuó con la paz dictada por las potencias occidentales. Y esto fué precisamente lo contrario de lo que habría sido necesario para asentar una paz duradera en Europa. No se consigue ésta aumentando el número de las organizaciones armadas incontrolables y soberanas, sino que con ello se aumenta más bien el peligro de guerra.

Al mismo tiempo es natural que la política de las potencias occidentales fuese popular en algunos sitios. Esa política favoreció muchas aspiraciones nacionales de poderío que jamás hubiesen podido realizarse por sí mismas. Estados más o menos pequeños recibieron un espacio mucho mayor del que habrían podido conseguir con sus propios medios. Pero no se tenía en cuenta lo débilmente que estaba cimentado todo el sistema, que no se apoyaba en una fuerza suficiente. Todo partía del supuesto de que Alemania quedaría sometida. Este estado de cosas, empero, no podía durar. Tampoco se tuvo en cuenta hasta qué punto las crisis económicas, bajo las cuales tuvieron que sufrir gravemente los pueblos, estaban relacionadas con el

alabado orden que hacía imposible todo planeamiento económico común en nuestro continente.

Cierto es que se constituyó una Sociedad de Naciones, para sustituir en las relaciones internacionales la «fuerza» por el «derecho». En realidad, esa institución era una encarnación de la anarquía imperante. Lo característico de la Sociedad de Naciones era precisamente la falta de toda verdadera autoridad. La Sociedad en sí no era una organización con fuerza. Toda la fuerza residía en los Estados que pertenecían a ella. Estos se habían comprometido por medio de sus representantes a garantizar la independencia y las fronteras de todos, a solucionar los conflictos mediante avenencias o laudos, a traer a razón por medio de sanciones comunes al que perturbase la paz, etc. Pero no había una potencia predominante que se cuidase de que efectivamente se cumplieran esas disposiciones cuando llegase el momento. Por eso no tuvieron tampoco verdadera importancia. Cuando llegaba el caso, no pensaba cada cual más que en sus propios e inmediatos intereses.

El mismo estatuto de la Sociedad de Naciones estaba determinado por la anarquía internacional. Si hubiese habido una verdadera autoridad que hubiese sabido mantener el orden, no habría habido motivo para exigir esas promesas de una multitud de Estados, de la misma manera que no se recaba de los ciudadanos de un país la promesa de que no han de matarse unos a otros y de que no han de apoderarse violentamente de la propiedad ajena, sino que en casos de litigio se presentarán a los tribunales etc. Estas cuestiones se solucionan de otra manera y con más seguridad. Precisamente la falta de esa potencia reguladora es lo que ocasionaba la inflación de promesas.

Estas promesas no podían atajar ni mucho menos la anarquía, sino que más bien sirvieron durante una porción de años para apartar la atención de los pueblos de la tremenda gravedad de su situación. Desde luego, no fueron muchos los que recibieron con la Sociedad de Naciones una verdadera sensación de seguridad. Pero, la existencia de la Liga hacía, sin embargo, que se ocultase el conocimiento del peligro y que se creyese haber hecho lo que podía hacerse.

Esta era en resumen, la situación en los años de interregno entre las guerras. El sistema político, que había llevado a la

primera guerra mundial, continuaba sin alteraciones esenciales. Lo único que se hizo fué empeorarlo todavía con la agregación de nuevos Estados. Europa estaba aún más desgarrada que antes en organizaciones armadas, la situación era más insegura y más cargada de elementos de peligro. No se hacía nada importante para eliminar los factores que conducían a la guerra, o para dominar a tiempo sus manifestaciones. En cambio, la garrulería del derecho internacional protegido por la Sociedad de Naciones, se difundía como opio para el pueblo.

II.

El fracasado intento de constituir una Liga de Naciones, fué uno de los muchos signos que indicaban la necesidad de una agrupación de Europa. A la larga debía de tener consecuencias ruinosas para los pueblos de esta zona relativamente reducida y sin embargo densamente poblada, el vivir en recíprocas contiendas. Si había de seguir cada uno defendiendo sus intereses con la fuerza de las armas, habría de llegarse finalmente al propio desgarramiento. Esto lo vemos todos y por lo tanto se reconoce también, efectivamente, y en general, la necesidad de la agrupación. La cuestión que se presenta es la de cómo ha de llegarse a ella y quién ha de dirigirla.

Si ha de llegarse a una fusión, tiene que asumir la dirección un gran pueblo, porque no hay que figurarse que ese fin pueda alcanzarse sin valerse de la fuerza. La pacífica convivencia dentro de un país presupone un poder fuerte ejercido según principios determinados. En otro caso, las egoístas inclinaciones del hombre llevarían a la dislocación de la comunidad y a la guerra civil. Naturalmente se necesita en la misma medida una fuerza para regular pacíficamente las relaciones de pueblos enteros entre sí. Hay que limitar las diferentes aspiraciones de forma que puedan armonizarse, hay que refrenar las pasiones de los pueblos y dar normas seguras a la cooperación.

La necesaria concentración de fuerzas no puede producirse por el solemne acuerdo entre organizaciones armadas. Esa concentración de fuerzas tiene que ofrecerla un gran pueblo. No hay otra posibilidad. Al oeste de la Unión Soviética, que de hecho constituye un continente por sí, no hay más que dos

pueblos que puedan asumir la dirección para una consolidación: el inglés y el alemán.

Los ingleses tuvieron la ocasión de hacerlo 20 años atrás. La causa fundamental de su fracaso estuvo en la falta de fuerza necesaria. No eran bastante fuertes para resolver las ingentes tareas.

En general se ha sobrestimado la fuerza de Inglaterra, porque se tenía ante la vista el gigantesco imperio con sus inagotables riquezas. Especialmente se ha sobrestimado la fuerza de Inglaterra para ejercer una verdadera influencia en el continente europeo, puesto que lo decisivo aquí es la propia fuerza de la metrópoli y ésta no es tan grande como frecuentemente se ha creído. Inglaterra no es ni mucho menos la mayor nación de Europa. Con sus 46 millones de habitantes queda muy a la zaga de Alemania. Además la situación insular dificulta una intervención eficaz en los asuntos del Continente. Inglaterra no podría, aunque lo desease, intervenir con suficiente autoridad en las complicadas cuestiones de Centroeuropa o dar una solución determinada a los conflictos entre naciones como Alemania, Francia e Italia.

Por otra parte, el Imperio no es sólo una fuente de energía, sino que reclama también las propias fuerzas de Inglaterra. Gobernar la India, grandes partes de Africa, etc., no es menuda tarea. Para un pueblo de 46 millones es más que suficiente. Es inconcebible que este pueblo pudiese tener al mismo tiempo la fuerza para controlar a Europa.

No tiene para el caso importancia decisiva el que las condiciones sociales que existen en Inglaterra hayan debilitado al país más de lo que hubiera sido preciso. La insensata diferencia de clases, el obstinado aferrarse a los privilegios de la oligarquía de la sangre y de las finanzas, la deficiente organización de la economía que de ello se deriva y que ha determinado un paro crónico de proporciones pavorosas, todo esto y mucho más que no puede enumerarse aquí, ha minado la posición tan brillante en apariencia. Pero aunque el país hubiese tenido una dirección capaz de valorizar todas las fuerzas y tesoros nacionales y de dar trabajo al pueblo, esas fuerzas no hubiesen bastado, sin embargo, para cumplir la doble tarea de administrar el Imperio y de mantener el orden en Europa. Esa dirección hubiese tenido

en el Imperio trabajo más que sobrado y no hubiese podido sustraerse a las limitaciones que impone a la propia fuerza de Inglaterra su cifra de población y la situación de la metrópoli.

III.

Pero no sólo le faltaba a Inglaterra la fuerza que se requería para acometer la necesaria consolidación de Europa. Le faltaba también el interés para llevar a cabo verdaderos esfuerzos en este sentido. De hecho los ingleses, con especialidad naturalmente las clases dominantes, han sacado desde hace siglos grandes ventajas de una política francamente opuesta.

Si se reflexiona sobre el hecho de cómo ha logrado Inglaterra establecer y conservar su imperio, se ve desde luego que una condición indispensable para ello fué el que los Estados del Continente estuviesen en lucha unos con otros, paralizándose mutuamente de forma que Inglaterra tenía guardadas las espaldas. Sólo así pudo realizar su inaudito despliegue de poderío allende los mares. Inglaterra no ha necesitado intervenir más que cuando un Estado del Continente amenazaba ser demasiado fuerte. Entonces este Estado era combatido por una coalición presidida por Inglaterra. Desde principios del siglo XVIII hasta entrado el siglo XIX el principal enemigo fué Francia. Terminadas las guerras napoleónicas, siguió una época de relativa calma desde el punto de vista inglés hasta que se hicieron sentir los efectos de la unión de Alemania en aspiraciones hegemónicas por parte de este Imperio. Se hizo una nueva coalición y se eliminó provisionalmente el peligro que amenazaba con la primera guerra mundial.

El sistema de la Sociedad de Naciones servía la misma política. En dicha Sociedad tenía Inglaterra un instrumento ideológico para mantener el equilibrio europeo. En ella se elevó a principio la idea de que no debía existir ninguna sólida agrupación de Estados, es decir ninguna verdadera unión del Continente. En vez de esto, el lazo de unión debía ser el principio de que todos juntos se volverían contra el agresor que pudiera presentarse, fuese quien fuese. Esto suponía que Inglaterra podía disponer de una coalición tan pronto como la necesitase.

IV.

Así pues Inglaterra tiene un manifiesto interés en las guerras intestinas de Europa. Estas guerras le permitieron adquirir un poder que no guarda proporción con su grandeza y sus medios naturales. El principio cardinal de la política inglesa determinado también, y especialmente hoy, por la gran vulnerabilidad de Inglaterra es el de «divide y vencerás».

En virtud de la prematura industrialización que se produjo cuando la natalidad inglesa era grande todavía, el país está hoy superpoblado. La masa humana que se agolpa en la pequeña isla no puede alimentarse sino escasamente con los propios productos del país. Se necesita una enorme importación de víveres. Asimismo hay que importar en gran cantidad materias primas de todas clases. En cambio la exportación a países que no estan dominados puede cerrarse con barreras aduaneras y la importación de esos países puede interceptarse mediante medidas convenientes. El espectro del hambre se alza amenazador. De aquí la necesidad de los ingleses de tener su imperio. Sólo así puede sustraerse su abastecimiento al arbitrio de otros.

Por otra parte las rutas comerciales en el mar son sumamente problemáticas. Para no depender de potencias extranjeras es indispensable dominar los mares con la propia flota. Pero esta flota no puede ser bastante fuerte si el Continente está unido bajo una misma dirección. La flota continental dominaría pronto a la inglesa y además dispone de tantas bases para atacar las rutas comerciales que ya no habría garantía para la importación de la metrópoli. Con esto adquiere su forma más brutal el peligro del hambre.

A esto ha venido a sumarse la amenaza aérea. Incluso para los ataques aéreos es Inglaterra sumamente sensible, porque la población vive muy apiñada y depende en gran parte de una extensa red de comunicaciones. Basta pensar, por ejemplo, en el distrito de Londres con sus diez millones de habitantes. En una guerra aérea contra un Continente unido está Inglaterra irremisiblemente perdida.

Teniendo en cuenta estos hechos no es de extrañar que haya sido siempre de importancia vital para Inglaterra mantener un

equilibrio continental. Aquí radica indudablemente la profunda y principal causa de que en septiembre de 1939 entrase Inglaterra en guerra con Alemania y que lo hiciese tan unánimemente. Toda la indignación moral que despierten los métodos del nacionalsocialismo, por sincera que sea, tiene una importancia secundaria en comparación con aquello. Esa indignación no habría bastado para justificar la gravísima declaración de guerra. En el fondo estaba la convicción de que el sojuzgamiento de la potencia que amenazaba someter a todo el Continente, era la última posibilidad de salvar la propia independencia y quizá la vida misma.

V.

¿Hay motivo para suponer que Inglaterra siga nuevos caminos si, a pesar de todo, lograse con la ayuda de América la victoria final? Naturalmente todas las suposiciones sobre el futuro desarrollo de las cosas son inseguras. Nadie puede predecir con certidumbre cómo terminarán. Pero lo cierto es que los factores objetivos que han determinado hasta ahora la política inglesa, siguen invariables. La situación geográfica del país y el número de habitantes no pueden ser influídos por el triunfo. La vulnerabilidad sería la misma.

Así pues nos encontraríamos con las mismas circunstancias materiales. Otra vez volvería a encontrarse una Inglaterra victoriosa — en caso de que quiera mantener su posición — frente al mismo problema: ¿cómo es posible protegerse del peligro que amenaza desde el Continente y concretamente, desde Alemania? En esta situación habrá que sacar enseñanzas de las experiencias hechas. No hay duda de que entonces se procedería más radicalmente que en 1919. ¡Nada de quedarse a medio camino! El desarme de Alemania tiene que ser completo. Los Estados limítrofes, como Polonia y Checoeslovaquia, tienen que ser restablecidos haciéndoseles más fuertes que antes. La Europa central estará cortada otra vez por cordones de fortificaciones, tras de las cuales estarán los pueblos unos frente a otros armados hasta los dientes e Inglaterra seguirá en tan malas condiciones como antes para refrenar los intereses contrarios y garantizar un estado de paz.

Sin embargo, la experiencia debería haber enseñado que no puede avasallarse al pueblo más grande del Continente, a un pueblo de 80 millones, extraordinariamente dotado y enérgico. Más tarde o más temprano volverá a ocupar su puesto de nación más poderosa de nuestro continente, y esto no se producirá ciertamente sin violentos conflictos. Los pequeños pueblos circundantes (incluso el pueblo inglés) tendrán que pagar entonces muy caras las pasajeras ventajas que pudieron conseguir durante el estado de debilidad del fuerte.

Pero ¿es verdaderamente seguro que Inglaterra siga el camino citado después de otra nueva victoria? ¿No se han oído voces admonitorias contra un nuevo Versalles? ¿No se ha dicho también en Inglaterra que el fraccionamiento en un gran número de Estados soberanos es un absurdo y que hay que sustituirle con una Liga más firme dotada de fuerza? Estas ideas han sido expuestas y tiene uno que preguntarse por qué no han de ser las que imperen en un nuevo tratado de paz. Pero en realidad sus posibilidades son tan exiguas, que no puede contarse con ellas. La razón es la siguiente:

Supongamos que después de una victoria sobre Alemania lograse Inglaterra constituir una Liga de Estados europeos a la que Alemania perteneciese como miembro jurídicamente equiparado, sin que fuese sometida o debilitada de ninguna manera. ¿Cuál sería la consecuencia? Es claro, que no tardaría Alemania en dominar en esa federación. El centro de gravedad no permanecería en Inglaterra, sino que se desplazaría hacia el centro y hacia el pueblo mayor. Pero esto supondría precisamente la situación, que se quiso prevenir con la guerra. Los ingleses encontrarían en el Continente una Alemania fuerte que lo regiría. En comparación con ella, su posición quedaría considerablemente reducida. En el fondo no tendrían por lo tanto otro remedio que el de articularse en el sistema alemán. En otros términos, la consecuencia sería que, después de una victoria conseguida a costa de enormes sacrificios, renunciaría a aquello por lo que ha combatido y tendría que ofrecer al enemigo la dirección del poder.

Esto sería seguramente el único camino justo para evitar una repetición de la catástrofe bélica. Pero, la experiencia hecha hasta ahora no nos ofrece en rigor ningún punto de apoyo para suponer que las cosas transcurriesen tan felizmente.

VI.

Ineludiblemente se impone, por lo tanto, la conclusión de que un triunfo inglés no podría llevar, en general, más que a una repetición de la política de 1919. Reaparecerían el principio de la división y el intento de sojuzgar a Alemania. Con esto se excluiría la pacificación de Europa y en vez de ella se prepararía el terreno para nuevas guerras.

Ni para los grandes, ni para los pequeños pueblos de Europa puede ser ésta una perspectiva seductora si se da uno realmente cuenta de lo que esto significaría. Hay que considerar además los medios con que podría obtenerse un triunfo inglés.

La debilidad militar del Reino Unido por tierra excluye la posibilidad del triunfo en una decisión rápida. La flota y la aviación son las dos armas principales de Inglaterra y ambas no pueden actuar en este caso más que lentamente. Al empezar la guerra se contó en los centros oficiales ingleses con que duraría lo menos 3 años. Después de los graves descalabros de Inglaterra, ese tiempo tiene que haberse prolongado mucho. El Primer Ministro, Churchill, declaró hace poco que para el año 1942 podía esperarse un giro, sin decir cuánto tiempo habría que esperar todavia la decisión. ¿Qué ocurriría entonces durante estos años?

El bloqueo cortaría a Alemania de la importación indispensable de materias primas y de productos alimenticios. Con el tiempo, el bloqueo iría minando tanto las posibilidades de existencia de la población civil, como la producción de material de guerra. El hambre y las enfermedades harían estragos. Pero no sería solamente el pueblo alemán el que padeciese bajo esta presión. Todo el Continente, sin exceptuar pueblo alguno, sería afectado por el bloqueo y tendría que compartir las mismas privaciones, el hambre y las enfermedades.

La eficacia del bloqueo sería no obstante en esta ocasión sumamente dudosa. Posiblemente conseguiría crear grandes dificultades, pero apenas si podría doblegar la fuerza de resistencia de Alemania. El territorio bloqueado es demasiado grande, y demasiado rico en productos propios, y además, está abierta la puerta hacia el Este.

A todo trance hay que lograr el triunfo final con operaciones militares. Aquí le correspondería la principal tarea a la aviación. Y hay que figurarse el grado de destrucción que sería preciso para conseguir el fin. No bastarían bombardeos esporádicos. Tendrían que producirse destrucciones en masa de grandes proporciones que superasen en mucho todo lo hasta ahora realizado. Este parece ser el plan que ha de realizarse con ayuda de la industria aeronáutica norteamericana que ahora trabaja a alta presión para la salvación de Europa. Decenas de miles y por último quizá hasta centenares de miles de aviones de bombardeo lanzarían su carga mortífera sobre las ciudades y la red de comunicaciones de Alemania. Muchos indicios parecen hacer inferir que también los países ocupados correrían la misma suerte y uno se pregunta si no sería esto inevitable en caso de que Inglaterra quiera conseguir su fin.

Los últimos años han aportado varios ejemplos de lo grande que es la resistencia contra los bombardeos aéreos y de lo difícil que es quebrantar con ellos el ánimo y la moral de la población. De aquí pueden sacarse ciertas conclusiones sobre lo que se necesitaría para hacer capitular al pueblo alemán y destruir su fuerza armada. Quizá se espera en secreto que la atormentada población de toda la vasta zona llegue a provocar sangrientas revoluciones y guerras intestinas. No hay necesidad de describir los sufrimientos que esto acarrearía. Se presenciarían las consecuencias de la política inglesa de fraccionamiento en sus últimas manifestaciones. Pero el final apenas si sería en esta ocasión una persistencia de la hegemonía de Inglaterra, sino que se abrirían perspectivas completamente distintas.

ALEMANIA

En 1919 se vió Alemania obligada a aceptar las condiciones de paz más duras. Importantes comarcas del Reich fueron arrancadas de él, otras fueron ocupadas por tropas extranjeras, el ejército fué desarmado, la flota entregada, se limitaron rigurosamente los armamentos futuros, se le impuso al pueblo el pago de una enorme indemnización de guerra cuya cuantía ni siquiera se fijó en un principio y a esto vinieron a añadirse una serie de graves ofensas. El país debía quedar de hecho inerme, aunque estaba rodeado de Estados en gran parte hostiles. En la ocupación del Ruhr pudieron por lo tanto entrar las tropas francesas sin encontrar resistencia en las principales regiones industriales.

Frente a las dificultades exteriores había otras de índole interior. La desenfrenada inflación oprimió a la población hasta los límites de lo soportable, las luchas partidistas eran enconadas y furiosas y el Gobierno era débil y cambiaba con frecuencia sus Ministros. Verdad es, que los años de 1925 a 1929, cuando la cuestión de las reparaciones empezó a regularse y los créditos norteamericanos afluyeron en abundancia, se notó cierto esplendor económico, pero este bienestar incipiente descansaba sobre una base débil. La crisis mundial que se inició en los Estados Unidos, afectó sensiblemente a Alemania con su gran industria de exportación. Las cifras del paro alcanzaron una altura fantástica y las disensiones entre los partidos se encendieron con más vehemencia que nunca.

A pesar de esto, 20 años después de Versalles se presenta Alemania como vencedora en el Continente. Austria es incorporada, los Estados recién fundados de Checoeslovaquia y de Polonia son sometidos y Francia, el viejo enemigo capital en el Continente, es derrotada. Sólo Inglaterra sigue luchando y lucha por su vida.

Mientras Inglaterra y su aliada Francia van de fracaso en fracaso, Alemania no ha hecho más que cosechar brillantes triunfos desde 1933. Es claro, que un despliegue de fuerzas como éste tenía que inspirar temor e intranquilidad. No se sabe, cuáles son los fines asignados. Un país tras otro van

sufriendo una invasión militar abrumadora. Incluso los que quedan exentos de este destino, ven la rapidez con que cambia su posición. Mientras que la política inglesa de 1919 conducía a una ampliación de fuerza de los Estados más o menos pequeños de Europa, la expansión alemana por el contrario produce una radical restricción del poder de esos Estados, cuando no quedan completamente aniquilados.

Es comprensible, que en estas condiciones la política alemana no sea muy popular. Pero aquí se trata de mirar por encima de los peligros y de las amarguras del momento y conviene examinar los postulados y las consecuencias de la política alemana de la misma manera que hemos hecho con la inglesa.

I.

La razón de por qué Alemania no ha ocupado hace mucho el puesto que le corresponde como potencia continental, la más importante incomparablemente, radica en el secular fraccionamiento en una pluralidad de reinos y principados. Ese fraccionamiento no desapareció más que en parte al constituirse el Imperio Alemán a raíz de la guerra de 1870—71. Todavía seguían los alemanes divididos en la verdadera Alemania y en la monarquía del Danubio. La incorporación de Austria y de los Sudetes y la reincorporación de las partes de Polonia habitadas por alemanes, fué lo que unió principalmente en un solo Reich a todos los alemanes. Sólo así pudo manifestarse plenamente su fuerza agrupada y los acontecimientos del último año han puesto de relieve lo que esto significa.

La paz de Versalles fué un intento de arrebatar a Alemania su natural posición dominante en Europa. Hay que contemplar este frustrado intento a la luz del enorme y posterior despliegue de fuerzas de Alemania. Esas fuerzas eran las que se intentaba sofocar con la mutilación del Reich, con las cláusulas del desarme, con las tropas de ocupación y con los tratados. El más fuerte tenía que convertirse en el más débil. El sistema entero estaba en contradicción con la verdadera proporción de fuerzas y por lo tanto no podía durar. Sin la ayuda norteamericana, no hubiese podido llegarse a ello siquiera. Pero Norteamérica se negó a seguir prestando su auxilio para el sojuzgamiento de Alemania.

A pesar de que debía ser patente la inconsistencia de esa situación, se iba uno acostumbrando cada vez más a considerarla como algo perfectamente natural. Durante el período de debilidad de Alemania después de la guerra, se iba uno haciendo a la idea de que era completamente lógico que Alemania estuviese desarmada, que se impidiese la unión con Austria que en sí tenía pocas condiciones de vida, que los polacos y los checos dominasen sobre grandes grupos étnicos alemanes, que Polonia tuviese un ancho corredor, etc. Todo esto iba entrando, por decirlo así, en la idea que uno se hacía de un estado de cosas natural y justo en Europa. El postulado tácito de todo ello tenía que ser naturalmente una permanente impotencia alemana.

No se sometió esta idea a un examen detenido. De haberse hecho, se habría visto que la impotencia no podía ser más que transitoria. Pero uno se complace en creer aquello que uno quiere creer. En los otros países, cuya posición se robustecía con el sojuzgamiento de Alemania, se aceptaba con satisfacción este estado de cosas que hubiera querido perpetuarse de buena gana. Por eso se le consideraba perfectamente justo, es más, el único acertado.

En Alemania se veía el sistema con otros ojos. Alemania tenía que pagarlo todo. Lo que se había ganado se ganó a costa de Alemania. Por eso no podía jamás sentirse solidario el pueblo alemán con este sistema que en el fondo acogió con profunda hostilidad. En Alemania se abrió paso una idea completamente nueva que fué decisiva para su política.

La finalidad no fué únicamente el restablecimiento de la Alemania de antes de la guerra, lo cual habría sido una cosa a medias. Los alemanes no estaban entonces unidos bajo una sola dirección y el país estaba atenazado entre grandes potencias, Rusia al Este y Francia e Inglaterra al Oeste.

Por eso una política alemana de amplias miras no podía pensar únicamente en el restablecimiento de aquella situación. Con eso se habría llegado otra vez al estado de cosas que en 1914 determinó el estallido de la guerra, y se habría ganado poco. El fin a que se aspiraba era más alto. En primer término había que unir a todos los alemanes en un solo Reich y luego hacer que este Reich dominase absolutamente en Europa. Con la revolución de 1933 se aplicaron sistemáticamente todas las fuer-

zas a la realización de este fin. Se logró la unión de todos los alemanes y se organizó al mismo tiempo el Ejército más poderoso que pueda imaginarse. Mediante el acuerdo con la Unión Soviética se conjuró el peligro de una guerra de dos frentes. Luego la hegemonía militar en el Continente se hizo realidad con el aniquilamiento del Ejército francés.

Simultáneamente con estos acontecimientos va creciendo el programa de política exterior o al menos se va manifestando con mayor claridad. Ya es algo más que un programa puramente alemán. Conscientemente abarca una completa reorganización de Europa. En franca oposición con la política inglesa de fraccionamiento se proclama ahora la consolidación de Europa bajo la égida alemana. Al principio de que las potencias del Continente deben formar grupos equilibrados se opone el principio de una unidad con Alemania como potencia aglutinante.

II.

Tras de este programa está el hecho de que Alemania tiene un gran interés en la consolidación de Europa y al mismo tiempo la fuerza para realizarla. La posición de Alemania en estos dos aspectos es francamente contrapuesta a la de Inglaterra. Mientras Inglaterra pudo constituir su Imperio gracias a las disensiones del Continente, estas contiendas europeas fueron un gran inconveniente para Alemania. Mientras que Inglaterra ocuparía en una Europa consolidada una posición mucho más modesta que hasta ahora, Alemania será necesariamente la fuerza central y directora en esa Europa. Alemania no tiene tampoco un imperio allende los mares que la seduzca y que la atraiga, y ese imperio no podría ser jamás para Alemania lo esencial. Este país es el núcleo de Europa y su interés capital tiene que encaminarse siempre a crearse aquí una posición firme y segura. Pero además Alemania por su situación, por el número de habitantes y por la insuperable laboriosidad de su pueblo tiene las fuentes de energía necesarias para realizar esa consolidación.

Ahora bien, surge la pregunta de si el programa alemán representa algo más que un interés puramente alemán. ¿Se trata aquí única y exclusivamente de una campaña de conquista al

estilo de la de Napoleón para establecer una transitoria hegemonía militar sobre pueblos extranjeros? ¿O hay algo más en el programa? ¿Es en sus lineas generales expresión de una necesidad para los pueblos europeos?

La comparación con la época de Napoleón no es justa. Lo que entonces no era posible puede ser hoy necesario. Entre su época y la nuestra está la revolución industrial. Europa es mucho más pequeña. Su población se ha multiplicado. Su economía es otra. La estructura social ha variado radicalmente. Han despertado otros continentes. Todo esto hace que el problema se plantee hoy en términos completamente distintos a los de entonces. En lugar de limitarse a una comparación superficial de éxitos militares, podría uno sentirse movido a preguntar si el perfil político de Europa, que encajaba en la época del artesanado y del relativo aislamiento de esta parte del mundo, encaja también en la época de la gran industria, en una época en que la Unión Soviética, América y un poderoso Extremo Oriente en gestación se nos acercan más cada día.

Para poder comprender los grandes problemas de nuestro tiempo hay que intentar darse cuenta de lo gigantesco de los cambios operados en las condiciones de vida durante los últimos 100 años. Un ejemplo elocuente de lo acontecido nos lo ofrece el desarrollo de las comunicaciones. Pasaron semanas hasta que se difundió por Europa la noticia de la batalla de Austerlitz. Pasaron meses hasta que el mundo supo que Napoleón había muerto. Hoy en cambio se puede ir en un día de una punta a otra de Europa, se puede hablar con personas en el otro hemisferio; los grandes acontecimientos son conocidos en el mundo en pocas horas; los discursos de los estadistas son escuchados directamente en la radio por millones de oyentes, etc. En todos los campos de la cultura material la evolución es la misma. Sería más que extraño que estos cambios no hubiesen traído consigo la necesidad de nuevas formas políticas. Hay que hacer verdaderamente enormes esfuerzos para librarse de las ideas tradicionales. Los problemas de nuestro tiempo deben juzgarse a la luz de las condiciones efectivas hoy reinantes y no desde el ángulo de tiempos pretéritos, y hay que irse haciendo a la idea de que la solución de los problemas requiere medidas de gran envergadura.

III.

La cuestión cardinal es la de si es necesario que Europa se consolide verdaderamente en el sentido de que desaparezca el fraccionamiento en unas 20 potencias independientes militarmente dirigidas las unas contra las otras y se sustituya por una sólida agrupación.

De seguro que podrían aducirse argumentos económicos de gran fuerza en pro de una agrupación. Es natural que el fraccionamiento en numerosos Estados relativamente pequeños, separados por barreras aduaneras y sin rastros de una economía común planeada, tiene que significar para el conjunto una enorme pérdida total. Pero los argumentos económicos apenas si podrían determinar una reorganización. Es muy difícil hacerse siquiera una idea clara de lo que se pierde en realidad. Grandes compañías en diferentes países se benefician especialmente con el estado de cosas existente y se opondrían a una modificación. Y los pueblos se avienen a la renuncia a grandes mejoras económicas para poder conservar su independencia militar. Lo que hace completamente insostenible el estado actual y lo que impone una modificación son las repercusiones directas de la guerra y las indirectas del permanente peligro de guerra. La evolución de la técnica bélica ha hecho que los muchos y diferentes Estados de Europa sean demasiado pequeños para soportar las cargas del armamento y de la guerra. Hoy sólo las grandes naciones tienen suficiente capacidad bélica para poder subsistir.

La guerra afecta hoy a la población total de distinto modo que antes. Las bombas pueden llegar a todos los hogares. Aunque el número de muertos y heridos haya sido hasta ahora relativamente pequeño en los bombardeos, no escapa nadie sin embargo a los efectos morales de los ataques, y no estamos más que en el principio. Si la guerra terrestre entra en el país, entonces los efectos en las zonas industriales densamente pobladas son asoladores. Según los datos que se tienen, con ocasión de las luchas en Bélgica y en Francia en mayo de 1940 anduvieron fugitivos unos 10 millones de hombres. Las escuetas noticias de los periódicos no dan una idea de lo que supone de sufrimiento humano

el que esos efectos se prolonguen. Se han desgarrado innumerables familias; niños y ancianos, que cayeron en las cunetas, han contraído graves enfermedades; las almas infantiles llevan para siempre grabado el horror y el espanto. Pero la guerra no respeta tampoco a los que se encuentran fuera de la verdadera zona de combate. Los adversarios procuran impedirse mutuamente el aprovisionamiento mediante el bloqueo y los ataques aéreos. Al mismo tiempo la guerra consume valores inmensos. Para que un país pueda resistir mucho tiempo, tiene que disponer de grandes cantidades de víveres, hierro, combustibles y otras materias primas. Tiene que estar en condiciones de asegurar la importación por ferrocarril, carretera y canales a pesar de los insistentes ataques aéreos. La industria tiene que funcionar a todo trance. Hay que poder llevar al interior del país un gran número de población civil evacuada, etc.

Todo esto hace que la guerra, ya sea de defensa o de ataque, tenga que prepararse con una concentración de todas las fuerzas del pueblo, si quieren tenerse perspectivas de éxito. Los preparativos deben hacerse durante muchos años y tienen que garantizar el que tanto las fuerzas materiales como las personales puedan ponerse al servicio de la guerra en la mayor medida posible. Los hombres tienen que ejercitarse largos años en el manejo de las armas y las mujeres deben poder ocupar sus puestos de trabajo en caso de necesidad. La industria tiene que adaptarse a la producción de guerra. Hay que acumular depósitos de materias primas, etc. etc. Si hay una porción de potencias militares en Europa todas se verán obligadas a hacer estos preparativos los cuales tiene que empezarse con mucha antelación si se quiere que resulten eficaces. No hay que esperar a que el peligro de guerra sea actual, porque entonces es demasiado tarde.

La consecuencia es una constante carrera de armamentos, cada vez más intensa. En el fondo, la guerra se hace permanente. Los pueblos son estrujados cada vez con más dureza. Las ruedas de la industria de guerra giran cada vez con más velocidad. La intranquilidad crece sin cesar. Una crisis va reemplazando a la otra hasta que por fin se llega al desenlace. ¿Cuál es entonces el resultado? Se ha visto que ni los Estados pequeños ni ciertos Estados llamados grandes (que en rigor no

lo son) pueden hacer frente a la potencia militar de un Estado verdaderamente grande. Ni siquiera Francia que hace pocos años era todavía la potencia más fuerte de nuestro continente pudo resistir cuando llegó el ataque.

Todavía se vive con la idea de que un pueblo de 40 millones es una gran nación. Esto es un error. Esas naciones no son hoy más que de tipo medio. El número de los pueblos verdaderamente grandes es muy pequeño y sólo ellos están hoy en condiciones de soportar las cargas de la guerra. Las naciones más o menos pequeñas no pueden intervenir más que como aliadas sino quieren perecer rápidamente. Es inútil que se armen hasta más no poder, porque de nada les sirve.

La industrialización ha impreso su sello a la guerra moderna. Para poderla hacer se necesita una gran base industrial y para ello es precisa una reserva correspondiente de hombres y de materiales.

El problema de defenderse por sí mismas (o en alianza con la lejana y militarmente débil Inglaterra) es insoluble para las naciones pequeñas o de tipo medio, porque no tienen el necesario material humano ni el aparato industrial que se requiere ni pueden asegurar su abastecimiento de materias primas. No les sirve de nada formar una coalición. La experiencia enseña que a pesar de todo van entrando en turno una a una y entonces sucumben ante la fuerza superior.

El curso de los acontecimientos ha demostrado que el actual sistema de Estados no puede ser conservado. Es un hecho incuestionable que las fronteras de los Estados han sido trazadas sin excepción como consecuencia de las guerras o bajo la influencia de amenazas de guerra, y que a la larga no se pueden mantener sin una defensa eficaz. Hasta ahora han podido subsistir los muchos Estados relativamente débiles en parte por el limitado alcance de los medios de ataque y en parte en virtud de la política inglesa del equilibrio de fuerzas. Hoy las cosas han cambiado radicalmente. Persistir en las viejas normas equivale a hacer desangrar a los pueblos por un ideal inasequible.

IV.

Se impone una modificación radical de los conceptos. Tenemos que aprender a ser europeos. Tenemos que comprender que ha llegado el momento de que terminen las guerras intestinas europeas y de que empiece la cooperación. Pero todos debemos comprender también que la consolidación no puede efectuarse más que en torno a la potencia más fuerte, que es Alemania.

Alemania parece hoy firmemente decidida a realizar de todos modos la consolidación y, a juzgar por las apariencias, está en condiciones de lograrlo. La cuestión es quizá únicamente la de cómo ha de lograrla y cuál será el resultado.

La respuesta a esta pregunta no radica sólo en los alemanes. Depende también, en sumo grado, de la actitud que adopten los demás pueblos.

Frecuentemente se piensa que la consolidación equivale a una ocupación y a una administración militares con gobernadores alemanes por todas partes de Europa. Sin embargo este orden no es de seguro necesario para la obra de la unificación y apenas si sería de desear desde el punto de vista alemán. Indudablemente sería preferible para todos una colaboración espontánea nacida de la necesidad de la unión. ¿Por que iban a preferir los alemanes disipar sus fuerzas en someter pueblos hostiles, a ganarse amigos y colaboradores en la gigantesca obra de la reorganización? Fácilmente se ve que la necesidad de una coerción militar está en razón inversa de la colaboración voluntaria.

Lo necesario para la unión es, en primer término, una firme agrupación de los Estados más o menos pequeños en torno a Alemania. Si ha de llegarse a una colaboración, es una condición sine qua non el no arrebatar a los pueblos el sentimiento de autonomía y su deseo de vivir. Lo único que tienen que hacer es perder la costumbre de empuñar las armas unos contra otros. Alemania tiene peso suficiente para hacer una agrupación firme. Seguramente tendrá que ir unida hasta cierto punto con una nivelación económica común. Poco a poco, con una política inteligente se irán creando una serie de vínculos

que se consideren no ofensivos, sino completamente naturales. Cuanto más claramente se vayan viendo con el tiempo las ventajas de la fusión, tanto mejor será la colaboración. El espíritu europeo puede despertarse y fortalecerse. Quizás un día se contemple nuestro tiempo y las nacionalidades en pugna, con los mismos ojos con que hoy vemos la época de los castillos señoriales y de las ciudades fortificadas. ¿Quién se lamenta de que hayan desaparecido?

V.

El fraccionamiento actual parece ya insostenible si se considera a Europa aislada. Pero no debemos olvidar en nuestras luchas interiores que Europa no está sola en el mundo. Europa es una de las varias partes del globo y ni siquiera la mayor ni por su población ni por las riquezas de su suelo. Ya pasó el tiempo en que los pueblos europeos ocupaban una posición hegemónica natural en el mundo.

Dos grandes zonas se han fusionado ya antes y quizás entre preocupaciones relativamente menores que las que hoy sufre Europa: Los Estados Unidos y la Unión Soviética. Los dos poseen la mayor parte de los tesoros del suelo necesarios y un gran número de habitantes. La Unión Soviética pasará pronto de los 200 millones. Y no es seguramente más que cuestión de tiempo el que los Estados Unidos — si no les ocurre un percance — se atraigan los demás países del hemisferio occidental. En el este de Asia se está librando una lucha gigantesca cuyo resultado no puede preverse. Pero venza quien quiera, hay que contar desde luego con la probabilidad de una fusión de la raza amarilla la cual constituirá entonces, con una población de más de seiscientos millones, la mayor unidad del globo.

VI.

Europa figura en el circulo de esas ingentes unidades. ¿Cómo vamos a sostenernos entre ellas si seguimos haciéndonos la guerra? Ya no podemos permitírnoslo. Es una ilusión peligrosa creer que nuestra excelente posición se nos ha dado de balde. Si ha de durar, es absolutamente preciso que Europa se agrupe en una unidad.

Quizá se pregunte uno si se ha ganado algo con la fusión en grandes bloques. ¿No tendrá por consecuencia el que persistan las guerras entre ellos en proporciones aún más espantosas? Sobre esto no puede decirse nada preciso, como es natural. Pero desde luego hay que ir procediendo por partes. La fusión de Europa es una cuestión y lo que venga después es otra. La posibilidad de nuevas guerras en mayores proporciones no es desde luego un motivo para que los europeos rechacemos nuestra unión.

El peligro de guerra no desaparece porque el mundo esté dividido en cuatro grandes grupos de fuerza. No desaparecería más que si tuviésemos una organización unificada y firme que ejerciese el poder y abarcase el mundo entero. Pero esto no está al alcance de nuestra generación. Sin embargo, hay razones para suponer que puede lograrse un estado de paz duradera entre los cuatro bloques.

Cada uno de ellos tiene gran potencialidad de guerra a condición de que se valga, como es debido, de sus medios. Hoy no se hacen guerras por capricho. Para ello se necesitan impulsos más eficaces. Si los grandes bloques se delimitan razonablemente y cada uno de ellos tiene una autarquía en lo más importante, podría llegarse a que en tiempo no lejano no hubiese fuerzas suficientes para lanzarlos a conflictos guerreros entre ellos. Naturalmente la situación está llena de peligros. Es de suponer por ejemplo que Norteamérica quisiera asumir el papel de Inglaterra. Pero hay que reconocer el paso que se da en la justa dirección. Y a mi juicio no puede dudarse que la unión de Europa bajo la égida alemana, es un paso en la justa dirección.

VII.

En último extremo la posibilidad de una paz duradera dependerá del orden social que se imponga. La paz exterior no puede existir, sin paz interior. La modificación de la carta geográfica no basta, si esas modificaciones no van paralelas a la estructura social que tiene que producirse necesariamente por la transformación de las condiciones de vida y los progresos de la cultura. Ante todo es preciso un equilibrio: de las diferencias sociales y una organización económica capaz de hacer que las posibili-

dades de producción beneficien a todo el pueblo. Sólo así puede llegarse a una absoluta solidaridad social en las condiciones actuales. Esta solidaridad es precisa en sumo grado en las grandes zonas y es de todo punto necesaria para darles la debida fuerza interior. Se trata de gobernar a centenares de millones de hombres y esa función tiene que estar siempre en manos de un número relativamente pequeño. Esa función no puede realizarse, cuando los pueblos no están detrás de uno. Pero además, cuando las grandes zonas encierran en sí bastante aprovisionamiento, esa solidaridad interior, fundada en una efectiva comunidad de intereses, es la mejor garantía contra el hecho de que las inclinaciones guerreras se impongan en alguna de ellas. Porque ¿de dónde iban a surgir los inauditos conflictos que en semejante orden de cosas se necesitarían para desatar una guerra entre unidades gigantescas bien organizadas?

En la guerra actual se pueden ver fuertes tendencias en el sentido que hemos expresado. La enorme concentración de fuerzas que exige la guerra no puede lograrse, sin intentar robustecer la solidaridad social. La guerra no se decidirá únicamente en los frentes. Implica al mismo tiempo una competencia en la educación del sentimiento de comunidad. El que en esta pugna quede rezagado, no puede ser fuerte a la larga y así quedará también después de concertada la paz. Si esta gran contienda llevase a la consolidación de unas cuantas y pocas grandes unidades, la posibilidad de guerras entre ellas, posibilidad todavía existente, será, junto a otras, una fuerte razón para procurar que esa unidad no sea sólo aparente. Unicamente el Gobierno que tiene conciencia de que ha de apoyarse en una firme comunidad interior, puede afrontar el futuro con serenidad y confianza.

Con esto he llegado al final de mi trabajo. Mi propósito ha sido exponer el sentido de la actual lucha de prepotencia y mostrar el camino del futuro.

Para algunos, especialmente para los que están al margen de todos los partidos, lo más cómodo naturalmente es callar y dejar que las cosas sigan su curso. Esto se ha hecho en otros países, cuyo destino puede enseñarnos mucho. Yo no puedo aceptar la responsabilidad de obrar de este modo. En una hora de suma gravedad me pareció necesario exponer francamente lo que

puede ver sin dificultad todo el que quiera. Quizá sea más fácil abrir los ojos, cuando se haga ver claramente que las ideologías son algo secundario. El pueblo y la geografía son más importantes. Las ideologías están impuestas por las circunstancias y tienden siempre a cambiar con ellas.

Bien sé que no he hecho más que exponer las ideas de muchos. Quisiera hacer un ruego, sin embargo, al lector que no comparta mi opinión, pero que tampoco sea un adversario fanático. Reflexiona si no es necesario que se agrupe la Europa relativamente pequeña y densamente poblada. Si lo afirmas, sigue pensando si no debe realizarse esta agrupación en torno de Alemania, la nación de Europa más grande y más fuerte. Si lo afirmas también, entonces se modifica el juicio sobre lo que hoy está ocurriendo. Entonces se comprende que el pueblo alemán está realizando a costa de duros sacrificios de diferente naturaleza algo necesario no sólo para su propio bienestar, sino para el bienestar de toda Europa.

Todo habría sido infinitamente más fácil, si los gobernantes de Inglaterra hubiesen reconocido oportunamente la necesidad y hubiesen hecho ver claramente a su pueblo que no podía persistir en la desproporcionada posición hegemónica, que había detentado hasta ahora. En una alianza entre Alemania e Inglaterra hubiesen podido ordenar a Europa sin necesidad de verter estos ríos de sangre. Las capas dominantes de Inglaterra eligieron, al terminar la guerra mundial, el camino de afirmar todavía por algún tiempo sus propias posiciones, intentando aherrojar a Alemania. Las consecuencias de esto se están viendo actualmente en toda su plenitud. Nosotros no podemos hacer más que presenciar el triste espectáculo desde nuestros puestos de espectadores, incapaces de modificar nada en ello.

El temor que inspira la fuerza de Alemania, es hoy muy grande. Pero, quizá sería mayor y estaría más fundado, si esta fuerza desapareciese. Basta figurarse lo que sería nuestra situación, si, contra lo que se espera, lograse la combinación anglo-americana sitiar por hambre y asolar al continente europeo y en primer término a Alemania. Quizá entonces viésemos hasta qué punto necesitamos la amistad del gran pueblo afín alemán.